

COMO TIERRA RESECA, AGOSTADA, SIN AGUA

Juan Pablo II ha querido que en 1997, el primero de los años de preparación al jubileo extraordinario del 2000, las Iglesias hicieran especial hincapié en la persona de Jesucristo y en el sacramento del bautismo.

Para ello será sin duda mucho más eficaz «aprovechar» los muchos elementos usados habitualmente en la liturgia que organizar celebraciones extraordinarias -que evidentemente no hay que excluir- pero que influyen menos en la vida real de los fieles. Con frecuencia nuestros labios pronuncian palabras y nuestros sentidos perciben gestos y sonidos que nuestro espíritu apenas penetra y nuestro corazón vive de modo superficial. «Revitalizar», pues, el significado de las acciones litúrgicas habituales y procurar que sus palabras y gestos tengan fuerte resonancia en nosotros será el mejor camino hacia aquella «nueva evangelización» que Juan Pablo II propone en vistas al tercer milenio. «Nueva evangelización» de nosotros mismos -en primer lugar- que tantas veces en nuestras mismas prácticas religiosas, somos más *creyentes* que *cristianos evangelizados* y que, por ello, necesitamos de una más fuerte impregnación de lo que representa en nuestro horizonte religioso la persona del Verbo encarnado y la riqueza espiritual de nuestro bautismo.

Como primer paso de preparación al Jubileo del 2000 se nos pide un esfuerzo de reflexión sobre la persona del Verbo hecho hombre, redescubrir y vivir, con la máxima intensidad posible, lo que esta presencia significa en el interior de la Iglesia y de cada uno de los fieles. Se nos urge a subrayar en nuestra vida cristiana la realidad de aquel «Dominus vobiscum» al que nos referíamos en el Editorial del mes pasado y a redescubrir como aquél a quien nosotros no acabamos de conocer (Cf.

Jn 1, 26) está presente y actuante sobre todo en la acción litúrgica (Sacr. Conc., núm. 7).

Pero la *Tertio millenio adveniente* nos pide para este 1997 una segunda tarea: la de redescubrir el bautismo como fundamento de la vida y espiritualidad cristianas. Una tarea ésta cuya realización depende radicalmente de las celebraciones litúrgicas, más aún si cabe que la primera.

La reforma posconciliar ha mejorado algunos puntos del Ritual del bautismo. Pero no siempre esta reforma se ha «recibido» suficientemente. Probablemente en nuestros días se ha dado más importancia a las catequesis prebautismales que a las celebraciones del sacramento. La preparación al bautismo de los hijos se impone no pocas veces con rigor -¿quizá incluso con excesivo rigor o dureza?- mientras la celebración del sacramento deja mucho que desear (niños -no sólo los bautizando sino incluso otros pequeños- que están inquietos y lloran, impidiendo todo ambiente de celebración y de plegaria, a pesar de lo que dice el ritual sobre la conveniencia de llevarlos a otro lugar durante la primera parte), jofainas para el agua en lugar de una verdadera fuente que sea «sacramento» del sepulcro del Señor de donde sale el neófito lleno de vida, como el Resucitado salió del sepulcro (Rm 6), y tantos y tantos otros signos celebrativos hechos sin realce y sin aquel ambiente de piedad y seriedad que requiere la celebración de un sacramento.

En la línea concreta de revalorizar *espiritualmente* el bautismo ante los fieles que ya lo han recibido -pensamos muy especialmente en los monjes y monjas cuya vida, empezando por no pocos de los ritos de su profesión, no es sino una vivencia intensa y radical del bautismo- convendría atender y subrayar, especialmente durante el ciclo pascual de este año, los elementos bautismales de la Cuaresma y de la Ciguentena pascual.

De la relación entre bautismo y Cuaresma decía ya el Vaticano II en 1963 -y en este año conviene recordarlo especialmente- que «El tiempo cuaresmal... *prepara* a los fieles para que celebren el misterio pascual sobre todo mediante el recuerdo o la *preparación* del bautismo»; y más adelante: «Úsense con mayor abundancia los elementos bautismales *propios* de la liturgia Cuaresmal» (Sacr. Conc., núm. 109). Cuaresma y Tiempo Pascual tienen, pues, una marcado tono bautismal. Pero un tono

bautismal muy distinto. Si Pascua significa y es *paso*, nada más lógico y normal que los ritos del ciclo pascual -Cuaresma y Cincuentena pascual- se diferencien entre sí y *signifiquen* por sí mismos que se *pasa* de un estado a otro.

Durante la Cuaresma se trata sobre todo de *prepararse* para que la celebración del bautismo -o los ritos bautismales que lo rememoran- calen y encuentren eco en quienes los celebrarán. Esta preparación es lo que el Vaticano II llama «los elementos bautismales *proprios de la liturgia cuaresmal*» (Sacr. Conc., núm. 109). Durante la Cincuentena pascual, en cambio, hay otros elementos bautismales, también *proprios y diversos* de los de Cuaresma: en los días de Pascua lo propio es realizar con la mayor expresividad posible el mismo bautismo o algunos ritos extraordinarios -no tan habituales- para expresar la «extraordinariedad» de la celebración pascual. Cuaresma y Pascua han de tener ritos bautismales, distintos y propios, no idénticos.

En el ámbito de la *preparación* cuaresmal al bautismo la antigua liturgia hispana tenía una práctica que queremos recordar por su gran expresividad. La codificó solemnemente en 694 el XVII Concilio de Toledo. He aquí sus palabras: «Al principio de Cuaresma *cesa la celebración del bautismo* y, como lo exige la costumbre eclesial, es preciso que *se cierren las puertas del bautisterio* por mano del obispo y que se sellen con su anillo y no se abran en modo alguno, hasta la solemnidad de la Cena del Señor (en este día se abría el bautisterio para introducir en él los óleos recién consagrados en vistas a la celebración del bautismo en Pascua) para que por este sello del obispo se signifique por todo el orbe de la tierra que durante estos días no es lícito bautizar, excepto en caso de gravísima necesidad; y de nuevo más tarde, rotos los sellos episcopales, se represente la apertura del sacramento de la resurrección del Señor, por el que se abrió la puerta para la vida del hombre, para que resucite con él a gloria de Dios porque fue consepultado por el bautismo en la muerte de Cristo» (Cf. VIVES, *Concilios visigóticos*, Barcelona-Madrid, 1963; c. 2, págs. 528-529).

El Ritual de Bautismo de niños vigente tiene una norma de significado parecido que vale la pena recordar -y observar- en vistas a revitalizar el nexo entre Bautismo y Pascua, entre Cuaresma y Pascua, entre ritos

preparativos y ritos celebrativos. No se trata ahora de cerrar las puertas del bautisterio sino de suprimir las celebraciones bautismales. Así, después de unos días sin agua bautismal, se suscita mejor la sed del bautismo y se celebrará con más receptividad el sacramento del agua. He aquí las palabras de nuestro Ritual: «Por ser la Cuaresma un tiempo de *preparación* del Bautismo de los catecúmenos y de renovación de la conciencia bautismal de los fieles, parece oportuno que durante la misma no se celebre dicho sacramento, precisamente para que la Vigilia Pascual y el día de la resurrección aparezcan como el *día bautismal* por excelencia» (Normas pastorales, núm. 47).

Hace bastantes años se ha ido adoptando la expresiva costumbre de rememorar el bautismo durante la Cincuentena pascual por medio de la bendición y aspersión del agua que, en los domingos pascuales, sustituye el habitual Acto penitencial de la misa. El propio Misal recomienda y hace suya esta significativa práctica: «El rito de la bendición y aspersión del agua bendita sustituye el acto penitencial y puede usarse todos los domingos y *es recomendable especialmente durante el tiempo de Pascua*».

Distinguir, por medio de la aspersión, el domingo de las ferias en las comunidades que celebran la Eucaristía diariamente (monasterios) o los domingos pascuales de los restantes domingos (en las parroquias) es un medio expresivo para subrayar la relación del bautismo con el misterio pascual. Pero para que este «signo» se «reciba» mejor conviene suscitar la sed del agua bautismal. De la misma manera que durante la Cuaresma se suprime el *Aleluya* tan habitual para «recuperarlo» con mayor gozo y cantarlo con mayor entusiasmo al llegar la Cincuentena, así omitir la aspersión durante los días penitenciales ayudará a prepararse para vivir mejor su significado en los días pascuales. Incluso las comunidades monásticas que, para diferenciar la misa diaria de la dominical, acostumbran hacer la aspersión todos los domingos, sería mejor la suprimieran durante la cuaresma, como suprimen al aleluya habitual. Es un modo paralelo al de *sellar las puertas del bautisterio* del Conc. XVII de Toledo, o al *no celebrar el bautismo durante la Cuaresma* de nuestro Ritual «para preparar el bautismo de los catecúmenos y renovar la conciencia bautismal de los fieles».

La Pascua que preparamos y celebramos respectivamente en Cuaresma y en la Cincuentena es «paso» o «tránsito». Subrayar con signos este «paso» ayuda, sin duda, a vivir más intensamente la Pascua. Además el cambio visible de Acto penitencial al iniciar la Cincuentena alejará también la monotonía de unas celebraciones a veces demasiado semejantes entre sí, y destacará sobre todo el tiempo más significativo del Año litúrgico, la Cincuentena Pascual. «Pasar» del Acto penitencial habitual -o mejor de las letanías de los santos que sugiere el Ceremonial de Obispos para la Cuaresma- a la aspersión del agua en los domingos de Pascua será un rito que ayudará a redescubrir, como quiere el Papa hagamos especialmente en este año, el valor y significado del bautismo.

Durante los días cuaresmales, rememorando las culpas que nos han alejado, por lo menos en cierta manera, de Dios, nos sentimos -debemos sentirnos- *como tierra seca, agostada, sin agua*, como se sentía el salmista al verse alejado del templo. Este sentimiento de aridez -a causa de las culpas que lloramos en Cuaresma- debe suscitar en nosotros el deseo de que lleguen las fiestas pascuales, en las que contemplaremos al Resucitado que ha vencido en favor nuestro la muerte y el pecado. En aquellos días la aspersión del agua, bendecida solemnemente en la noche de la resurrección -y también, aunque de una manera más simple en los restantes domingos de Pascua- junto con los repetidos aleluyas pascuales, nos harán vivir espiritualmente cómo hemos participado del «paso» o Pascua del Señor, cómo hemos pasado de las súplicas implorando misericordia a la aspersión del agua recuerdo del bautismo que nos santificó. Por el bautismo, dejado el Egipto de nuestro pecado, hemos sido introducidos en el paraíso del que fuimos expulsados, y allí, una vez injertados en Cristo por el agua de la regeneración, *nos saciamos de manjares exquisitos y a la sombra de las alas del Resucitado* nos sentimos seguros y *cantamos con júbilo el aleluya pascual*.— **P. F.**